

José Viale Moutinho

Los Moros
Retablo para una novela

TRADUCCIÓN DE SANTIAGO PÉREZ ISASI



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Los Moros. Retablo para una novela
José Viale Moutinho
Edições Afrontamento, Porto 2020

Primera edición: octubre de 2025

© de la traducción del texto, Santiago Pérez Isasi
De la cubierta, *Extracción de la piedra de la locura*, (detalle).
El Bosco (Prado, Madrid)

Edición © La Umbría y la Solana, 2025
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid
info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-128411-7-6
Depósito legal: M-18565-2025

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Los portones están cerrados a cal y canto. Nadie, nada, ni Don Toribio de Roncesvalles, nombre literario por el que es conocido Don Pío Cuesta Cuesta, cronista vitalicio de Los Moros, autor del Tratado de la Bellísima y Fecunda Tierra de San Felices de Los Moros, en dos tomos en folio, publicado por el Instituto de Historia Zamorana; ni Don Esopo Alba Roca, que es nuestro capellán y confesor, ni el mismísimo alcalde Don Sinfronio Domínguez y Corral, o la pobre Dolores, nuestra única criada durante tantos y tantos años, ya tonta del todo; ninguno, nada, nadie, está decidido desde hace mucho tiempo, podrá volver a encontrarse personalmente con nosotras, ni siquiera a través de las rejas oxidadas del locutorio o de la negra tracería de hierro del coro alto.

Don Esopo conoce nuestros pecados y, en nombre de Dios, sin duda, aunque desde lejos, seguirá perdonándonoslos. ¡Ah, nuestros pecados! ¡Grandes manchas serán en el crudo paño de nuestras almas!

Del silencio de nuestros votos, de nuestra soledad inmaculada, de este ocultamiento de nuestras vidas en que el Señor nos tiene, ¿para qué, entonces, conservar ningún puente que nos conecte con el mundo? ¡Ah, sí, nuestros pecados, nuestros pecados!

Al fin y al cabo, todo cuanto hacemos, hicimos y haremos, es por amor a Dios, por patriotismo, portuguesismo, y por

nuestro rey, que ni sabemos si es bueno o menos bueno, si él es también el señor de las guerras como sucede con Dios. Al fin y al cabo, todo cuando hacemos es andar por los tiempos, en estos corredores por detrás de las más gruesas paredes de la tierra, los dos metros de piedra que separan nuestras celdas y nuestras estancias de cuanto nos rodea. ¡Y lo que ha de venir después, señores!

Si nuestro reino es de este mundo, protejámonos pues de los males que lo asolan, pero si los males vienen de otros reinos, vecinos o no, que la maldad tiene los brazos demasiado largos, tal como la desgracia y el miedo, entonces escondámonos bajo el suelo de nuestra propia casa, donde, sin duda, la amargura y la violencia no sabrán remover nuestras osamentas. Pero, atentas a los disparates que recibimos de las Indias, occidentales u orientales, disparates abandonados como calderos vacíos al pie de la puerta del monasterio, tengamos cuidado.

Tengamos más cuidado con las sombras que nos empujan o nos guían. En cada piedra, a nuestro paso, se oculta el enemigo, que no tendrá patas de cabra ni cuernos, ojos inflamados de crueldad fijos en la sombra perseguidora; ien cada sombra proyectada en los guijarros que, en el via crucis que soportamos, nos castigan los pies, pero sin ensangrentarlos, Dios mío! ¿Qué me trae a la cabeza estas palabras que no oso pronunciar? Tengamos, apenas, más cuidado con las sombras que nos empujan o nos guían, borremos de la boca lo impronunciable que, en efecto, nos devora el propio silencio incontinente. En realidad, nunca aprendí el sentido de empujar y guiar cuando se trata de los corredores del tiempo, en los cuales no sumamos debidamente los años, ni ganamos otras arrugas, ni perdemos los dientes o el brillo de la mirada.

A veces, sumergimos los ojos en las páginas de nuestros

libros y es la soberbia la que mata a la lectura, la soberbia recortada entre las letras, impidiendo la formación de las palabras, rasgando la escritura, prohibiendo el zurcir de lo que hace mucho se encuentra aquí transcrito.

Unos míseros ratones invadían la pequeña sala que Don Esopo llamaba biblioteca y se disputaban las cubiertas y las páginas de los libros, dejándonos apenas fragmentos a los cuales raramente podemos dar un sentido bendecido por el Señor. ¿Pero cómo entraron los ratones? ¿Cómo es que estos viejos papeles secos, impresos en negro y rojo, en rojo las mayúsculas capitulares, alimentan a los ratones? ¿Los ratones se alimentarán apenas de nuestros libros? Es cierto que, a algunas horas del día, durante el periodo de las lecturas, desaparecen y no oímos sus correteos en otras partes del convento. ¿O los ratones a esas horas se vuelven más conspicuos con esta alimentación a base de lecturas sagradas?

Nada, nadie, apenas tarda la tierra en acogernos en su seno, no importa la cualidad de los caballeros andantes que vagan por los caminos de los montes que conducen hasta aquí, indiferentes a las tempestades y a las emboscadas, estas consignadas en los dos tomos de Don Toribio de Roncesvalles como una extensión del brazo divino.

¿Estaremos maniatadas entre las cubiertas de este libro? ¿Los hilos que mantienen sus páginas cosidas a una encuadernación servirán para prendernos las muñecas, los ojos, la respiración, el corazón? Don Pío Cuesta Cuesta, en su pequeño escritorio del campanario, cuando se transforma en Don Toribio de Roncesvalles, ¿se ceñirá una espada al cinto para escribir? ¿Acariciará el yelmo de su abuelo, hoy exhibido en una redoma, en el salón noble del Instituto, antes de coger los documentos que yo misma busqué en los cajones del

convento y que le entregué ya dispuestos cronológicamente? Don Pío, a paso ligero por la aldea, ¿su rostro de garduña se iluminará como el del mítico caballero de Roncesvalles en la Santa Cruzada, cuando escribe? Don Toribio, sentado en un incómodo asiento de piedra, mirando las puntas gastadas de sus escarpines amarillos, sucios, mientras busca la palabra precisa para una nueva frase en el desarrollo del tercer tomo de su tratado.

Don Toribio de Roncesvalles, y bien me gustaría poder escribir esto en letra más pequeña y gris clara, casi desvanecida, nunca llegará a terminar este complemento de su tratado, pues, deseando contar el futuro de San Felices de los Moros, tal como lo había hecho con el pasado de la aldea, acabará perdiéndose más y más, caminando entre su escritorio y las puertas definitivamente cerradas del convento. El camino es el de siempre, se habituó a ver surgir mi mano, deliberadamente sucia de barro, para entregarle los papeles, a veces los pergaminos, con las memorias y los escritos de tiempos pasados, y, desde que publicó los dos tomos del pasado e inició la escritura del futuro, olvidando el tiempo que pasa, ante la falta de lo que yo le proporcionaba, en un acto consciente, pero no exento de desesperación, intentando equilibrar los tiempos, Don Toribio lanzó al pozo de la torre todos los manuscritos históricos del convento, para que se perdiesen y nada de lo que había escrito y estaba publicado pudiese ser confirmado o negado por quienquiera que fuese. Don Toribio, su rostro de garduña, sus manos pequeñas, hábiles en el manejo de la pluma, se aproximaba, irremediabilmente, a un laberinto.

Abrió Don Pío Cuesta Cuesta la puerta de su pequeño escritorio y después otras dos puertas aparecieron, eligió una, pero las puertas se sucedían en una desesperación que no con-

ducía a la palma de mi mano derecha, vacía, saludándolo, mientras él vociferaba, contrariado por no dar, de nuevo, con el camino que había llevado, en el pasado, a Don Toribio de Roncesvalles al postigo de la monja portuguesa, que tanto lo había ayudado para su tratado.

Cuando Don Esopo Alba Roca supo el momento exacto de su retirada, recogió sus pertenencias y, a pie, seguido por un joven, que llevaba a hombros un saco de arpillera que contenía todos sus haberes, se dirigió a la sede del obispado, para solicitar otra misión. Sin embargo, no dispongo de más noticias sobre su vida, después de haberlo visto desaparecer, bajo una nube de polvo, entre los olivos que coronan aquel monte al suroeste de Los Moros.

En los sueños de la monja muchas veces surgía la Casa de las Muertes, en la parte trasera de las Úrsulas, en Salamanca. En los sueños de la monja en traje de novicia, ella iba a llamar a la puerta, era siempre el mismo sueño, y la puerta se abría y salía de ella un jorobado riéndose a carcajadas, seguido por el coro de las cuatro calaveras de la fachada, mientras la cabeza de piedra del arzobispo Don Alfonso Fonseca hablaba sin que se pudiesen entender sus palabras. Así era el sueño de la monja, que entonces todavía no sabía que las cuatro calaveras eran las de los asesinos de los hijos de María la Brava, que los persiguió implacablemente hasta Viseu, en el reino de Portugal, donde los encontró en una juerga tabernaria y los degolló, trajo de regreso a Salamanca cada cabeza clavada en una lanza, y entró en la ciudad en día de mercado, exhibiéndolas, con la arrogancia de aquella jornada, al pie del verraco de piedra donde el ciego le hizo ver todas las estrellas del cielo al Lazarillo, y lanzando las armas de los vencidos al Tormes. Y para que el mundo no olvidase el cumplimiento de su venganza, llamó al mejor escultor de Castilla para que reprodujese en piedra aquellas cabezas descarnadas por los pájaros voraces.

Y de tal modo cumplió el artista, que la calavera fue tomada como modelo para la fachada de la universidad, colo-

cando sobre su cráneo una rana como delatora de la ruta de los fugitivos, croando de modo que María la Brava pudiese seguirlos, sin detenerse, hasta la taberna de Viseu.

La monja se despertaba, con los ojos clavados en el techo de su celda, donde las manchas de humedad se asemejaban a la cabeza y los hombros caídos del hombre delgado, de barba corta, a veces sonriente, otras apenas con una mueca, como si temiese precipitarse. Se trataba del rector Unamuno, como había oído designarlo a alguien que había pasado junto al balcón en el que él se inclinaba, encorvadísimo, trémulo, pero atento, en el flanco derecho de la Casa de las Muertes. Como si desafiase a las calaveras, como si quisiese examinar lo que restaba de los asesinos de los hijos de María la Brava. Aquella cabeza no toleraría una lanza en vez de aquel cuello delgado, ¿qué sería de aquella cabeza sin el brillo de los ojos que la propia humedad respetaba?

La monja se cubría con la manta hasta el cuello, sintiéndose observada, inquieta, la campanilla la llamaba entonces para las tareas del día. En el fondo de sus sueños, con una desesperación que la confundía, buscaba al rector Unamuno en el balcón vecino a la Casa de las Muertes, pero el regreso del coro de risas de las cuatro calaveras la perturbaba, distraía su atención, entonces se apoyaba en los muros de las Úrsulas, veía a don Alfonso Fonseca saludándola, moviendo los labios, como si predicase en sordina a los adormecidos. O a los muertos. Despierta, la monja se preguntaba cuánto tardaría el toque de la campanilla, si se borraría la noche con el final del sueño de la Casa de las Muertes, y miraba hacia la puerta. Entreabriéndola, el jorobado espiaba, un rostro torcido, un ojo descontrolado, la boca arrugada hacia la izquierda, mostrando sus grandes incisivos, dejando caer

sobre la barbilla una lengua larga, como la de un perro, insoportable en su silencio.

Jamás olvidaría el batiente de aquella puerta, las manchas de humedad parecían moverse como si el Rector aprobase su decisión, veía los labios distenderse, sin duda para mostrar una sonrisa, pero, entre ellos, al final, emergía la cabeza de una rana croando, delatora.

El jorobado cerraba, entonces, muy lentamente, la puerta de la Casa de las Muertes, posiblemente la puerta de la celda, mientras la monja, ya con los ojos cerrados, apartaba la manta, dispuesta a levantarse. El sol, a ratos cubierto por las nubes otoñales, iluminaba la pequeña celda, intentando eliminar los restos de la noche. Sin embargo, aún le quedaban dos o tres párrafos de sueño o de lectura.

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente, está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y, allí puesto, me dijo:

—Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro dél.

Yo, simplemente, llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Apeándose a la entrada del puente, María la Brava indicó a sus hombres que se detuviesen, de perfil, con las lanzas er-

guidas, ostentando las cabezas ennegrecidas de los asesinos. Hizo después una señal al criado que conducía las mulas de carga para que le trajese las tres espadas y el hacha de los vencidos, que los colocase sobre la gran piedra en forma de toro y con su propio espadón, revelando una fuerza inusual, blandiéndolo con ambas manos, quebró las láminas, incluida la gruesa hoja del hacha. Fue un gesto que demostraba mucha rabia acumulada en aquellos senos opulentos ceñidos por la coraza de la armadura. Una esquirla de acero acertó en una de las cabezas cercenadas, descerrajando la boca del desgraciado, el resto quedó allí unos instantes hasta que el criado de la mula lanzó al Tormes las armas despedazadas.

Si pudiese el Lazarillo apoyar de nuevo su rostro rosado en la panza del verraco, entonces sí escucharía todos los sonidos del infierno sin necesidad de que el ciego irguiese su mano, callosa de tantear caminos, con el cayado que servía, como Lázaro, a sus ojos muertos. Y cuando María la Brava recibió en su palacio al escultor Antonio Goyo, quedó admirada por el modo como aquel famoso hombre se movía un tanto inclinado sobre la tierra, la espalda arqueada, y como sus manos casi femeninas contrastaban al final de unos brazos de atleta.

—Cuatro calaveras, Maestro, las cuatro calaveras que os mostraré, deseo que vuestro talento las convierta en piedra.

Una a una, las calaveras de los asesinos de los hijos de María la Brava pasaron por las manos del maestro Goyo, que las sopesó, midió, guardando en sus propios ojos cuanto necesitaba para la ejecución del trabajo.

—Y deseo también que retrate al arzobispo Fonseca, que bendijo mi causa. Sin embargo, de este no tengo ninguna imagen que le pueda servir de modelo.

—No es necesario —dijo el escultor, sonriendo enigmáticamente—. ¿Y la casa?

Uno de los caballeros de la pequeña corte de María la Brava condujo a Antonio Goyo hasta la calle detrás de las Úrsulas y señaló un edificio prácticamente en ruinas. Y desde ese día, el Maestro jamás la abandonó, pasando a poblar las sombras nocturnas de Salamanca. Para que no repitiese una obra de características semejantes, María la Brava mandó partirle las manos, pero permitió que el escultor acabase sus días, anónimamente, en aquella misma casa.

Abriendo la puerta de la celda con un golpe seco del cerrojo, la monja se encaminó hacia la capilla.